

do se hubiese yuxtapuesto al precedente. Del estado precedente nosotros suponemos que permanece invariable a su vez, y así indefiniblemente con los demás estados. La aparente discontinuidad de la vida psicológica se reduce más bien a que nuestra atención se fija en ella por una serie discontinua de actos. Por eso, en donde no hay más que una suave pendiente, creemos percibir siguiendo la línea quebrada de nuestros actos de atención, las gradas de una escalera. Es muy cierto que nuestra vida psicológica está llena de actos imprevistos. A cada momento surgen mil accidentes, que parecen interponerse entre lo que precede y lo que sigue para que no se junten. Pero la discontinuidad de sus apariciones se destaca sobre la continuidad de un fondo en donde se dibujan y al que deben los mismos intervalos que los separan; son como los golpes de los timbales que suenan de tiempo en tiempo en una sinfonía. Nuestra atención se fija en ellos, porque son los que la interesan primero; mas cada uno de ellos es arrastrado por la masa fluída de toda nuestra existencia psicológica. Cada uno de ellos no es sino el punto más y mejor alumbrado de una sona movediza que comprende todo lo que sentimos, pensamos, queremos, todo lo que somos en un momento dado. Esta zona entera es la que constituye, en realidad, nuestro estado. Pero los estados definidos de esta manera no se deben considerar como elementos distintos: éstos se continúan los unos a los otros, en un curso indefinible y eterno.

»Pero como nuestra atención los ha separado y distinguido artificialmente, está obligada ella misma a reunirlos enseguida por medio de un lazo artificial. Por eso se imagina un «yo» amorfo, indiferente, inmutable, sobre el que desfilan los estados psicológicos que ella misma ha erigido en entidades independientes. Allí en

dónde hay una fluidez de matices fugitivos que se atropellan los unos a los otros, la atención percibe colores separados y, por decirlo así, sólidos, que se yuxtaponen como las variadas perlas de un collar; entonces se ve obligado a suponer un hilo, no menos sólido, que mantenga juntas las perlas del collar. Pero si este substrato incoloro es colorado sin cesar por todo lo que le rodea, es para nosotros, en su indeterminación, como si no existiese. Ahora bien: nosotros no percibimos sino lo que está colorido, es decir, los estados psicológicos. A decir verdad, este «substratum» no es una realidad; para nuestra conciencia es simplemente un signo destinado a recordarle sin cesar el carácter artificial de la operación por la que la atención yuxtaponen un estado a otro, allí en donde hay solamente una continuidad que se desenrolla.

»Si nuestra existencia se compusiera de estados separados de los cuales tuviese que hacer la síntesis un «yo» impasible, para nosotros no habría duración. Porque un «yo» que no cambia, no dura, y un estado psicológico que permanece idéntico a sí mismo, no tiene duración, en tanto que no es reemplazado por un estado siguiente. Entonces haremos bien en alinear esos estados los unos al lado de los otros, sobre el «yo» que los sostiene, pues nunca una serie de sólidos enfilados sobre otro sólido dejarán de presentar el aspecto de una duración que se desenrolla. La verdad es que así se obtiene una imitación artificial de la vida interior, un equivalente estático que se prestará mejor a las exigencias de la lógica y del lenguaje, precisamente porque habremos eliminado el tiempo real. Pero en cuanto a la vida psicológica, tal como se desarrolla bajo los símbolos que la cubren, fácilmente se da uno cuenta de que el tiempo es la tela misma de la vida».

(De *L' Evolution Créatrice*).